

hacian los infieles: su conducta era, no sólo antireligiosa, sino antisocial y contraria á todas las leyes de la humanidad.

Pero ya que hemos juzgado á nuestros enemigos, demos el fallo merecido á nuestros propios hermanos, para no ser tachados de parciales y fanáticos en nuestras opiniones y creencias. ¿Era bueno todo lo que hacian los cristianos de aquella época? ¿Vivian conforme al espíritu de su ley? En sus empresas, ¿los guiaba siempre la gloria de la Cruz y el bien de la sociedad? El Cristianismo habia echado hondas raíces en la sociedad; pero, sin embargo, ésta conservaba aún algunas reliquias de la barbarie: en medio del pueblo heróico, chocan sin cesar las pasiones con la moral, el espíritu con la materia, el orden con el desman, la caridad con la dureza, el derecho con el hecho; se proclaman las más santas leyes; se invoca la legitimidad, el derecho, la razon y la justicia; se apela continuamente al tribunal divino, y al propio tiempo no vereis sino violencias, injurias, atentados, raptos, incendios, despojos y desastres. Mirad aquellas cabezas cubiertas del yelmo en cuya altura brilla el penacho con la Cruz; bullen en ellas ideas grandiosas, vastos planes, inspiraciones sublimes; cada pecho es un santuario de nobles sentimientos, de generosas resoluciones, y en donde se conciben las acciones más heróicas; y si examinamos los hechos, encontraremos que la misma mano que salva á una doncella, arrebatada á otra; que el que es hoy héroe y caballero en un encuentro, es vil y ratero en un lance; encontraremos atropellamientos, indisciplina, insubordinacion; están cara á cara el vicio y la virtud, el orden y el desorden, la caridad y la violencia, el amor de Dios y el del mundo, las glorias de la Cruz con las del mundo. Este era el pueblo cristiano. Verdad es que un hombre del siglo XIX no está libre de ver estos excesos en su centuria; la lucha de los vicios con las virtudes es propia de

todos los tiempos y países, como que está fundada en la naturaleza del hombre, que hoy se eleva con las inspiraciones de la gracia, y mañana se degrada con las del vicio. Pero, no obstante la depravacion filosófica de nuestra época, á pesar de haber hoy día crímenes que no eran ni tan comunes ni tan conocidos en otras épocas, es preciso decir, con la historia en la mano, que aquel siglo, así como fué el más heróico y más grande por sus empresas, fué también grandemente relajado en sus costumbres.

Pues bien, señores; entre estos dos pueblos que se miran con mortal rivalidad, ocupando cada uno sus posiciones con celo, y atacando las del enemigo con ardor; entre estos dos bandos, de los cuales uno ataca el dogma, la moral, la civilizacion, la cultura y las artes, y otro protege las creencias, el derecho, la virtud y las leyes; entre estas dos grandes potencias, armadas para destruirse mutuamente, teniendo una por lema la media luna y por código la sensualidad, y otra la Cruz y el Evangelio, es necesario que se vean algunas acciones que instruyan á los creyentes y confundan á los infieles; no todo ha de ser presentar escuadras contra escuadras, y huestes contra huestes: la humillacion del corazon no ha de consistir únicamente en que el caballero cristiano haga prodigios de valor, sino en que al ir al combate como fiero leon, lleve en su corazon la mansedumbre del cordeiro, como decia San Bernardo á los soldados templarios. Era preciso presentar la caridad, y que saliese al público, como el arma más poderosa para amansar al fiero cristiano que defendia la Cruz sin practicar las virtudes que ella prescribe, y aterrar al infiel que intentaba aniquilarla bajo el inexorable filo de su alfanje.

La Virgen María, al aparecer á los tres hombres escogidos, suministra los medios de dar á luz esta empresa del amor fraterno. Bien pronto la Europa entera verá representarse en su centro y en sus litorales las más tier-

nas escenas de la caridad, y la sensual Asia se espantará al contemplar otras no ménos tiernas que tendrán lugar en sus ciudades más populosas. Seamos por un momento testigos de tan sublime cuadro, en unas y en otras regiones.

Despues de muchas fatigas y sudores, han podido los hijos de la Merced reunir algunas cantidades para redimir á los cautivos; se acerca el momento de dejar la cara patria, los fieles amigos, los tiernos hermanos, para ir á cumplir con un deber sagrado, á que al pié del altar se han obligado con juramento solemne: entre las miradas y lamentos de un pueblo innumerable, sólo se ven unos rostros alegres y serenos; son los de los santos religiosos que van á embarcarse; todos los demás gimen bajo las duras inspiraciones del dolor; ya suben á las altas popas, y movidas las naves con viento bonancible, empiezan á hender las aguas con sus aceradas proas. ¡Ah! No bien ha empezado á bogar la flota de redentores, teniendo fija á una muchedumbre sin cuento, cuando el cielo empieza á cubrir su frente serena; recorren el espacio violentas ráfagas, negros nubarrones asoman por el horizonte, la tempestad ruge, la mar brama, las nubes fulminan rayos; las naves, furiosamente agitadas por los vientos, tan pronto ven pasar de proa á popa la mar enfurecida, tan pronto se sumergen en horrendas hondonadas; ahora se elevan hasta las nubes, luégo se ven envueltas entre olas espumosas; las tinieblas las ocultan, la lluvia las anega, los rayos las hacen estremecerse, el huracan... mas corramos un velo á tanto estrago; volvamos á la muchedumbre de cristianos que ha quedado observando la marcha de los hijos de la Merced. ¿Qué sentimientos abrigen en su corazón en aquel momento?

Ni uno solo ignora qué clase de hombres son aquellos que en aquel momento están combatiendo con la furia de los elementos; quizá hay en su número hijos de príncipes,

capitanes ilustres, nobles hidalgos que renunciaron al mundo por entrar en la religion de la caridad fraterna. Despues de haber dejado pingües mayorazgos, y honores y dignidades, se han ofrecido á Dios en las aras del amor; ahora se les ve marchar á países lejanos, no á descubrir el oro de sus minas, ni á hacer ostentacion de la fuerza de su brazo, ni á acometer hazañas caballerescas; su único fin es redimir los cautivos con limosnas, y si éstas faltan, cargar ellos mismos las cadenas del prisionero. En presencia de los elementos que pretenden envolver á hombres tan caritativos y á la diáfana luz que arroja de sí el conocimiento del carácter y de la mision de aquellos hombres, ¿qué idea no tendria la muchedumbre? ¿Qué impresion no causaria en ella una escena tan tierna? ¡Ah! Yo dudo que pudiese haber un corazón que no se enterneciese, ni un alma que no se llenase de compuncion; cada cual al ver tan marcado heroismo, exclamaria con el discípulo amado: «Nosotros tambien debemos dar la vida por nuestros hermanos.» Yo dudo tambien que se disolviera la reunion sin que se propusiese cada uno vivir con arreglo á la ley del amor, anatematizando en sí y en los demás los raptos, las violencias, los robos, las usuras, como contrarias á la caridad que hablaba tan prácticamente.

Seguid ahora la fatigosa marcha de los héroes de la caridad: vedlos cómo, despues de un naufragio inminente, van acercándose á las tierras infieles; observadlos atentamente, y os llenareis de un santo estupor. Apénas el centinela observa la proximidad de las naves cristianas, cuando un grito de alarma se extiende en las ciudades agarenas; mil y mil bocas de fuego se aprestan en los muros; mil y mil saetas son preparadas; cada cuál quiere tener la gloria de ensangrentarse en los pechos cristianos; cada cuál espera que la armada enemiga dispare un solo tiro para arrojarse sobre ella. Mas, ¡qué sorpresa! con paso

lento y majestuoso van acercándose los mástiles, en cuya punta flamea la blanca bandera; las brisas las agitan y llevan á los oídos de los bárbaros un suave susurro. *Paz, paz*, es el eco que resuena en todas partes; deponen todas las armas, bajan de las murallas, se acercan á las embarcaciones, y ¡otra sorpresa! ven en ellas hombres vestidos de blanco, anunciando en su traje, en su aspecto, en sus palabras, *paz, paz*. No se concluye aquí esta escena; saltan á tierra los hijos de María, y... «La paz, dicen, la paz sea con vosotros; no temais, no venimos á disputaros vuestros dominios, ni á medir con vosotros las fuerzas de nuestros ejércitos; hay aquí algunos de nuestros hermanos que viven en la cautividad, y deseamos salvarlos de las angustias en que lloran sin cesar. ¿Quereis dinero por su rescate? Ahí lo teneis. ¿Quereis sustituir sus personas por las nuestras, en caso de no alcanzar nuestros fondos al rescate? Aquí nos teneis. Y no bien lo han dicho, uno por uno han sido rescatados los cautivos, y no habiendo ya con qué darles libertad, se han ofrecido aquellas manos delicadas al hierro y á las esposas.

Y ¿qué diría un pueblo sensual en vista de este heroísmo? ¿Qué reflexiones no haría sobre la Religión que inspira estos sentimientos tan generosos? ¡Ah! A pesar suyo debían confesar que Ella era la Hija del cielo; entónces la caridad confundía el egoísmo, el amor fraternal la dureza de corazón; entónces comprendía aquel pueblo que al fin el cristiano, si no podía vencerlo con las armas, lo vencería con la caridad.

Hé aquí los faustos resultados del nuevo apostolado que María inspira á los hijos de la Merced. La caridad en acción era el lenguaje práctico, cuya elocuencia convenía al pueblo fiel y al infiel, al bárbaro y al civilizado, al que atacaba la Religión y al que la destruía, al que sumía la sociedad en la anarquía y al que la conservaba el orden. Hace ya seis siglos que tuvieron lugar los prime-

ros hechos que he referido; si queremos darles el justo valor, nos hemos de trasladar al mismo teatro de las escenas; porque los hombres tenemos la desgracia de querer juzgar á todos por lo que somos nosotros; formamos hombres ideales, sin pensar en que el hombre de hoy no se parece al de ayer; despues de seis centurias de progreso, hemos subido á tan elevada region, que los hombres antiguos nos parecen, no pigmeos, sino insectos imperceptibles; como el hombre que ha subido á un alto monte no ve sino en gran disminucion á los que andan en un llano, así vemos nosotros á los antiguos. Volvamos, pues, atrás, y veremos que el heroísmo de estos hombres es un portento, que sus religiosas hazañas preparaban los caminos á la anchurosa era de luces y de civilizacion en que vivimos. Hoy dia no es necesaria la religion de la Merced en cuanto á redimir cautivos, porque no existen: hoy dia aún los mismos cristianos viven entre los moros, sin que se les toque á su ropa; y ¿á quién se debe este favor? A la caridad activa y fervorosa del Catolicismo, que á fuerza de sacrificios ha inoculado hasta en los mismos infieles los inmortales principios que garantizan la persona del hombre, y la hacen inviolable, excepto en caso de crimen perpetrado.

¡Gracias, pues, gracias, ¡oh Religion santa! Yo te las doy á nombre de la humanidad, á nombre de este pueblo y á nombre del ilustre devoto que hoy celebra tus grandezas. ¡Gracias también á tí, divina Madre del Amor Hermoso, que bajaste del cielo á inspirar á los hombres estas grandes empresas! La delirante incredulidad tacha estas apariciones de María de ilusiones; pero ¡bendito sea el cielo! ¡Dichosas ilusiones que han engendrado tantas realidades! ¡Dichosas ilusiones que han radicado en la sociedad los principios de orden, de amor, de igualdad moral, de fraternidad y de progreso! ¡Dichosas ilusiones que han hecho caer de la mano infiel el alfanje exterminador!

¡Dichosas ilusiones que han abierto las mazmorras, que han salvado á los infelices cautivos, que han enjugado mil y mil lágrimas, que han consolado á mil y mil familias, y que han proporcionado al mundo tantos dias de paz y de gloria! ¡Dichosas ilusiones! ¡Cuán diferentes sois de esas ilusiones filosóficas que han cubierto al mundo de lágrimas, de luto, de orfandad, de révolucion y de sangre!

¿Estais convencidos de lo grandioso de esta obra de la caridad, que principia por el apostolado y concluye por el martirio? Pues venid y adorad al Autor de todo bien, dándole gracias por los beneficios que nos ha dispensado, inspirándonos esa Religion divina que, no sólo nos hace mejores, sino felices; bendecid tambien á la piadosa María, que desde el alto trono de gloria en que reside se digna echar una mirada compasiva á sus hijos desterrados para aliviarlos en sus males presentes, y asegurarles los bienes venideros del cielo, que deseo á todos. Amen.

SERMON

DE

ACCION DE GRACIAS EN CUMPLIMIENTO DE UNA PROMESA

HECHA Á LA VÍRGEN.

*Hoc pro certo habet omnis qui te colit, quod
vita ejus si in probatione fuerit coronabitur,
si autem in tribulatione salvabitur.*

Mas esto tiene por cierto todo aquel que te
reverencia: que en la prueba será coronado y
en la tribulacion librado.

(TOBIÆ, cap. III, vers. 21.)

Sea loado tu nombre y bendecido, ¡oh Dios de mis padres! porque en los momentos de la tribulacion perdonas los pecados y extiendes tu mano de amor á los que te invocan. ¡Ah! El indomable vendaval me arrastró hasta la alta mar, y entre embravecidas olas me sumergiera horrenda tempestad; pisado habia el fondo del abismo sin hallar pié en su salobre seno; rodeado me ví por todas partes de peligros, y vanamente trabajé huyendo, vanamente alcé mi vista por todas partes buscando apoyo, pues nadie me salvó de la tribulacion sino tu brazo omnipotente. Adoren tu nombre los cielos y la tierra; entonen cánticos de júbilo los ángeles y el hombre, y la naturaleza entera dé saltos de alegría bendiciendo al Sumo Hacedor que me dejó abatir hasta el polvo para levantarme con su poder y poner en mis sienes la aureola de la gloria y el honor.

Hé aquí, señores, una plegaria sencilla, pero sublime, que al son de dorada arpa dirigió al Dios de sus mayores